

MARCHANDO, DON SANTIAGO, MARCHANDO

DAVID GALLARDO MATUS

I

- Se sirve un vinito, Pepe.
- Sí, gracias.
- Y... ¿cómo llegó?
- Marchando, don Santiago, marchando – dijo tras beber todo el vino.

II

Invierno. José se encontraba en el terminal de buses, muy temprano, esperando el que lo llevaría a Concepción. Llegar de noche no estaba permitido. Él lo sabía, todos lo sabían, ya que era mucho el riesgo. Por fortuna, el viaje estaba calculado para llegar a las cinco de la tarde. Sería un viaje al tope de la capacidad del bus. Todos jóvenes mostrando una euforia que oculta el temor del viaje; todos jóvenes con sus maletas de época; todos jóvenes tomando sus asientos y mirando constantemente el reloj. Al final del bus, un grupo de amigos entonaban canciones populares, guitarra en mano, sobre la libertad, el amor, la vida; una joven madre con su niño ocupaban los primeros asientos, el pequeño bailaba alegre al ritmo de la música. José subió en último lugar, el niño rió al mirar su bigote veinteañero; se sentó dos asientos más atrás de la joven.

Cuando abrió los ojos ya habían pasado por Talca. Llevaban cuatro horas de viaje y la lluvia comenzaba a aparecer como compañero de aquellas personas completamente desconocidas entre sí. La música había cesado, y el niño dormía mientras la madre leía un libro. Se comenzaba ya a sentir el nerviosismo en el bus. En algún lugar entre Talca y Chillán los detendrían los militares para inspeccionarlos, revisar sus equipajes, registrarlos, para luego continuar su camino.

No ocultaban nada, entonces, ¿por qué temían? Era inevitable. Sabido era por todos la arbitrariedad y crueldad con que a veces actuaban los uniformados, ante el menor signo de sospecha de ser del género subversivo. ¿Música, libros, bigotes y melenas largas? Todo era signo de aquello, pero siempre va a depender del ánimo de los que mandan. La explosividad de la juventud (y porqué no decirlo, la libertad) había impedido que tomaran las debidas precauciones de evitar cualquier signo que indicara rebeldía.

José se dirigía a visitar a su novia. No era la primera vez que hacía este viaje, por lo que no sentía demasiada preocupación por el tema. No creía que le ocurrirían de esas historias que terminas contando a los hijos y a los nietos, recuerdos blanco y negro con aroma a pasado-humedad, fugaces momentos de la vida, como una vorágine que viene y va, dejando su huella en un instante.

La lluvia era ya más intensa, y la oscuridad luchaba por arrebatarle a la luz su espacio. Las nubes eran tan ne-

gras como el temor de los viajeros; y el temor, para Pedro, el de la guitarra, fue tan grande que a pocos kilómetros de Chillán arrojó su vieja compañera por la ventana; la joven madre, ante el alboroto provocado por este suceso, arrojó *Fuenteovejuna*; y fueron muchos los que arrojaban la revista Ritmo o algún libro de la editorial Quimantú.

El conductor del bus y su ayudante, reían como si ya conocieran la rutina, como si supieran exactamente qué sucedería más adelante y disfrutaban de su cierta inmunidad por ya ser conocidos y bien identificados; pero jamás fueron soplones, sólo disfrutaban del “espectáculo”. Fue entonces que el viejo Carlos Arancibia, casi llegando a Chillán Viejo, hizo estacionar a un lado de la carretera el bus, y esperó a que los ya varias veces nombrados aparecieran. La histeria de varios de los ocupantes fue inmediata (al menos de aquellos que viajaban por primera vez por esa ruta). José, en cambio, continuaba impávido en su asiento, mirando hacia el camino, pensando en el frío Concepción, en Edith, y en los muchos vasos de vino que se vería obligado a consumir por no rechazar al insigne marino retirado y las empanadas fritas de la señora Elba. Los ánimos se fueron calmando a medida que pasaba el tiempo. La espera ya era de más de una hora, y la lluvia, el cielo, truenos y relámpagos, parecían no querer detenerse, adornar el cuadro, hacerse sentir con furia, mezclar sus sonidos con los de disparos al aire y tanque y camión y miedo. Cada uno de los ocupantes del bus se alegraba de haber tirado en el camino aquellas pertenencias consideradas prohibidas. Pedro se comía las uñas. José... respiraba.

- ¡Abre la puerta, mierda!
- Adelante, suba no más – dijo en voz baja el ayudante.

Fusil en mano, mirada penetrante, cejas gruesas, empapado por la lluvia, eran las características del hombre que nuevamente alzó la voz, dirigiéndose ahora a los jóvenes ocupantes.

- ¡Se me bajan todos del bus ahora mismo! ¡Ahora! – no alcanzó a decir la última palabra, cuando ya estaban todos descendiendo con sus respectivos equipajes de mano, y formándose uno junto al otro a espaldas del bus sin haber recibido esa instrucción. – ¡Escuchen con atención! ¡Darán un paso al frente al escuchar su nombre, dirán ocupación y razón del viaje!

Acto seguido, un joven de 18 años recién cumplidos, recolectó las identificaciones de cada uno y procedió a nombrarlos.

- ¡Carvajal, Soledad!

- Acá – dio un paso al frente – Mi hijo y yo viajamos a ver a su padre. No tengo oficio.
- Así que sin oficio – era el sargento Medina quien hablaba – ¡Vagos, son todos unos vagos, en vez de servir a la patria! ¡El que sigue!
- ¡Neder, José!
- Yo – mientras se trataba de secar el agua del rostro, avanzó.- Me dirijo a visitar a unos parientes. Trabajo.- mintió, decir que estudiaba arte no era exactamente algo bueno.
- ¡Rubio, Marcelo! – continuó el llamado.- ¡Rubio, Marcelo!
- ¡Marcelo Rubio! – gritó el sargento Medina. ¡Arrésteno! ¡A vos yo te conozco! ¡Este es subversivo! ¡Pa' dentro, mierda!

Sin demora, otros uniformados tomaron, o mejor dicho, arrastraron al susodicho al interior del camión, entre insultos y gritos de ambas partes, y llantos del niño de Soledad.

- ¡Las reglas son claras, acá mando yo, y se hace lo que yo diga! -Amenazante mirada, intimidaba con su fusil, con su voz, con su caminar.- ¡Cabo Ramírez, saque todas las maletas de estos sediciosos, las registra una por una, y también las de mano, y ante cualquier sospecha, me avisa inmediatamente!
- ¡Sí, mi sargento! – dijo el joven que había recolectado los documentos.

La interminable lluvia lograba disimular perfectamente las lágrimas que muchos derramaban por temor. Soledad y su hijo fueron llevados al interior del bus para cobijarse de la lluvia, mientras el resto, todos hombres, debían permanecer uno junto al otro, sin moverse, sin hablar, sin pensar siquiera, sólo esperar a que la revisión acabara para poder continuar su rumbo. El tiempo pasaba. Los militares no tenían prisa. Revisaban, el cabo Ramírez junto a otros más, con abismante tranquilidad cada espacio, cada rincón de las maletas, adueñándose de todos los objetos que creían valiosos, y de su dignidad; pero al llegar a la maleta de uno de los amigos de Pedro, los nervios vencieron, ganaron la batalla al cuerpo, y éste reacciono corriendo, arrancando a toda prisa, entre posas de aguas y oscuridad, esperando que el miedo lo tapara entre los matorrales y el espacio abierto sin luz. Medina, con un duro gesto en sus ojos, indicó, pensamiento invisible, su persecución; Pedro comenzó a gritar que corriera, corriera y luego que se detuviera, salió de la fila para que su grito, su ruego se escuchara más lejos, más profundo, mientras sólo se veían en la oscuridad las luces de las linternas moverse como si tuvieran vida, a lo lejos. Su amigo había huido por el simple hecho de temerle al miedo. Se escucharon entonces dos disparos, quizás uno de cada fusil, quizás dos de un fusil. Pedro ya no gritó, sí tembló, todos temblaron. Un nuevo disparo. Pedro volvió a la fila. Medina, con ojos ensangrentados de rabia, golpeó a Pedro con la culata del fusil

en el estómago, quien cayó ahogado, un sudor frío recorría su espalda. No existía más ruido que el que hacían los adornos de aquel cuadro. Con un gesto hacia el cabo Ramírez, le ordenó revisar el bolso de mano de Pedro.

- ¡Mi Sargento, acá hay una funda para guitarra!
- ¡¿Guitarra?! ¡No decía yo que estos son todos unos vagos! ¿Y tu guitarra? – Pedro no respondió.- ¡¿Y tu guitarra?!

III

Once de la noche eran cuando el bus llegó finalmente a Concepción. ¿Qué harían ahora que el toque de queda había comenzado? “Marchen”, les había dicho Arancibia, “Marchen en fila india, por la mitad de la calle y no se detengan por ningún motivo, pase lo que pase”. El primero en la fila fue José, le seguía la hermosa Soledad con su hijo, y a continuación el resto de los ocupantes del bus. El niño lloraba, y tanto lloraba que tras unas pocas cuerdas del terminal Collao, se quedó dormido en brazos de su madre, y los hombres se iban turnando al pequeño de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante, llevándolo en sus espaldas. Las maletas eran ahora casi como el aire.

Marchaban, entonces, tal y como se les había dicho: sin detenerse y sin mirar hacia ninguna parte que no fuera adelante. El frío calaba profundo. Sólo se escuchaban pasos, los continuos pasos de los caminantes, que marchaban y marchaban, sin detenerse bajo ninguna circunstancia, ni siquiera cuando pasaron ante un grupo armado que tenía en el suelo, a un costado de la calle, a cuatro hombres con las manos en la cabeza; ni cuando llegando a la estación de trenes, una 4x4 con un cañón punto cincuenta, dirigido por *cascos blancos*, los siguió por más de una hora, antes de dar media vuelta y desaparecer.

José, cansado, le devolvió a Soledad su hijo. Llevaban más de dos horas caminando, agotados ya, arrastrando pies, dolor y humillación. No sabía cuantos de sus compañeros de marcha quedaban. No escuchaba ya pasos ni respiración, sólo pensaba una cosa: pasar la Laguna Redonda y llegar finalmente al departamento. Entre neblina, decidió finalmente voltearse y saber quién quedaba, pero grande fue su sorpresa al notar que era el único en la fila. Eran ya casi las dos de la madrugada. José no se movía, estaba cansado, muy cansado, por lo que por unos instantes dejó que la brisa nocturna suavizara su rostro, lo acariciara, le diera fuerzas para continuar. La neblina era espesa. Su rostro inexpresivo, recordaba cuando Pedro fue vendado y subido al camión; Medina ya no gritaba, sonreía.

Apenas notó cuando momentos después se encontraba a las afueras del departamento. La neblina ahora estaba en su mente cansada, sus ojos.

- ¡Pepe, pepe! Estábamos tan preocupados. ¡Qué pasó! – Edith decía mientras lo abrazaba.
- Nada, nada. En Chillán se retrasó un poco el viaje.

José venía sudado, mojado, sin saber exactamente porqué, si por la lluvia o por el temor. Tras colgar su abrigo y dejar la maleta en el pasillo, Santiago le invitó a sentarse al comedor. Descorchó una botella de vino y dejó sobre la mesa un frasco con harina tostada.

- Se sirve un vinito, Pepe.
- Sí, gracias.
- Y... ¿cómo llegó?
- Marchando, don Santiago, marchando – dijo tras beber todo el vino.

Dedicado a mis padres

